

FLORES PARA UN CYBORG

NOVELA

Diego Muñoz Valenzuela

© Diego Muñoz Valenzuela

© **De esta edición:**

Sociedad Comercial Simplemente Editores Ltda.

Arzobispo Casanova 36, Providencia.

www.simplementeeditores.cl

contacto@simplementeeditores.cl

Registro de Propiedad Intelectual N° 101.814

ISBN: 978-956-8865-04-7

© **De la ilustración de portada:**

Francisco “K” Pérez Ortiz

Diseño y diagramación:

Jenny Contente Guazzotti

Impreso en:

Salesianos Impresores S.A.

Octubre, 2010.

Ch863

M971f Muñoz Valenzuela, Diego, 1956-.

Flores para un cyborg / Diego Muñoz

Valenzuela. - 1a. ed. - Santiago de Chile:

Simplemente Editores, 2010.

226 p. ; 13 x 18 cm.

ISBN: 978-956-8865-04-7

1. Novelas chilenas. I. t.

“Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquiera otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de Editorial Simplemente Editores Ltda.”

FLORES PARA UN CYBORG

Diego Muñoz Valenzuela



SIMPLEMENTE
EDITORES

A la memoria de Mariano Aguirre

Índice

1.	Amigo para la distancia	11
2.	Nacimiento del cyborg	22
3.	Picardías del hombre de acero	34
4.	En el país del silencio	44
5.	El bar de los murales	56
6.	El doble del Perro	74
7.	Hundirse en la nada	80
8.	Amnistía y punto final	90
9.	Piezas en movimiento	105
10.	Al asalto del búnker	114
11.	El mundo sigue su marcha	127
12.	Convidado de piedra	140
13.	La toma del poder	147
14.	Lázaro, levántate y anda	156
15.	La serpiente no descansa	163
16.	Regresa el hijo pródigo	179
17.	La transformación de Tom	187
18.	El nido de la serpiente	202
19.	El príncipe temeroso	207
20.	Grandes certidumbres	221

Amigo para la distancia

Seguía mis estudios de doctorado en electrónica en la Universidad de Dirstystone, cuando la soledad, la incomunicación y, por sobre todo, el deseo de evidenciar la ineptitud de mis maestros, me llevaron a construir a TOMM (*Talkative Organized Movable Model*), acrónimo que tuvo corta vida al transformarse a poco andar en el cotidiano Tom. La dictadura de turno en mi patria había decidido triturar una vez más mis maltratados huesos. Sin duda, se trataba de una excelente oportunidad para aceptar con cierta premura el ofrecimiento de Dirstystone, que incluía pasaje, visa y protección diplomática. Por otro lado, no había esperanzas de un efímero retorno a la democracia antes de cinco años; el nuevo sátrapa era joven, cruel y aficionado a la buena vida. Necesitaría de algún tiempo para llenar sus arcas en Suiza y retirarse a vivir de las rentas en alguno de los paraísos para dictadores jubilados. La oposición, dirigida en su mayoría por receptores de jugosa solidaridad extranjera, aguardaría paciente su momento para estrujar las arcas fiscales. En cambio, los miembros del estado llano estaríamos sujetos al trato estándar: cesantía, persecución, tortura, y proporcionaríamos oportunidades a expertos en proyectos de reacondicionamiento psicológico de víctimas de la represión, de estudio acucioso del descenso del nivel cultural de la población, de preparación de alternativas económicas

para la futura transición. Era un tiempo excelente para consagrarse al estudio. Y para seguir vivo. Igual que muchos sacerdotes disidentes en la época de la Inquisición, que se consagraron al estudio, encerrados entre cuatro paredes y con los prudentes labios bien cerrados.

Mi madre estuvo de acuerdo con mi decisión de abandonar Chile. “Ya te tragaste una dictadura completa, con toda su carga de huesos quebrados, quemaduras y sesiones de electrodinámica. No tengo ganas de salir de nuevo a buscarte por casas de tortura, hospitales y morgues”. Todo eso me lo decía con su eterno cigarrillo colgando apenas entre los labios, de cuya punta a su vez pendía una larga garra de ceniza equilibrándose por milagro, desafiando la física gravitacional y las leyes de la mecánica. Hablaba sonriendo a medias, con una sonrisa bellaca, porque en verdad quería decirme lo mucho que había sufrido en esos días, pero también deseaba que yo supiera que lo haría tantas veces como fuese necesario; si fuera preciso llegaría a levantarse de su tumba, y vaya que sería capaz de eso y bastante más. Doña Bárbara, la llamaba yo aludiendo a la novela de Rómulo Gallegos. Doña Bárbara por su férrea voluntad de matriarca, por su carácter de hierro que la llevó a golpear las mismas puertas de los esbirros, que más de una vez se estremecieron ante sus tempestades verbales, así como por su firme decisión de hacer la justicia en esta tierra de salvajes sin ley ni dios. Y, por añadidura, su inmenso amor de madre, al fin y al cabo instintiva hembra guardiana de sus cachorros, protectora tierna de ojos húmedos, siempre dispuesta a brindar su afecto. Rara mezcla de contradicciones esa madre mía. No quería que se repitiera el trago amargo. Tampoco yo quería beber de esa cicuta, para qué vamos a

evadir el punto. Mal que mal terminé mi carrera sólo en un semestre más de lo debido, ingiriendo kilos de calmantes para los dolores de articulaciones, de espalda, de huesos; tratando de olvidar infructuosamente ¿esos días? ¿esas noches? Parecía que siempre era de noche allá, tirado boca abajo en el calabozo regado de miasmas, vomitando después de la tortura, gritando a los hijos de puta que vinieran de una maldita vez a buscarme con sus corvos, sus ametralladoras, sus ojos de buitres hambrientos. Y el final nunca llegaba en esa interminable noche del tiempo donde, dicen, sobreviví tres meses, que bien pudieron ser varios milenios. De ese modo decidí partir, rodeado de los abrazos de mi madre, que me repetía una y otra vez que el viejo estaba feliz por mi viaje, radiante de alegría, que ella me lo iba a cuidar mucho mucho para cuando yo retornara transformado en un sabio hecho y derecho, que esa era mi obligación ahora, mi único deber, como cuando era pequeño: ser el estudiante más esforzado, el más tenaz. “Ese muchacho tiene talento”, había dicho mi viejo, “que vaya afuera y se prepare, es lo mejor que puede hacer por su país ahora, que no siga sacrificándose por nada, que no le sirva la mesa a los cabrones de siempre”. Casi pude verlo, sentado en su *bergère* de cuero negro fumando una pipa de espuma de mar que perfuma la casa de madera con su aroma de *Half & Half*, en tanto te habla y te mira con sus ojos grandes y severos de patriarca bíblico. Y después de despedirme con un abrazo largo y afectuoso de mi amigo Ricardo Bell y de besar a mi hermana Ximena, entré al callejón que conduce a la ventanilla de Policía Internacional. Extendí mi pasaporte a un funcionario con aspecto de bulldog hidrofóbico que me estudió con el mismo interés de un entomólogo por una nueva especie de

cucaracha, miró hacia el cielo en busca de una autorización divina, y atravesó mis papeles con su vista de rayos X para descubrir el mínimo error que devolvería mis restos a las mazmorras de Domínguez. Pero nada aconteció y volé en un 747 a comenzar a mi doctorado en el gran país del norte.

El Departamento de Electrónica de la Universidad de Dirtystone no era precisamente un dechado de virtudes. Varios de sus profesores de jornada completa habían descubierto las bondades del año sabático permanente, entre ellos el doctor Fajardo, mi supuesto supervisor de tesis. Fajardo usaba perita bajo unos enormes mostachos para dar la impresión de un respetable caballero de la Edad Media. Solía vestirse con ropa costosa, pero de un mal gusto insuperable, el cual se basaba en un desastroso dominio del arte de la combinación. Cuando se dignaba a visitar la Facultad, nunca más de dos veces por semana y a lo más por unas tres largas horas, aullaba con voz de trueno sobre cualquier tema para que todo el mundo lo escuchara. Gritaba por las razones más diversas: para que la secretaria le hiciera alguna llamada telefónica, para citar a alguien a su oficina, para hacer las consultas técnicas más absurdas o elementales. Así lograba su objetivo de provocar la sensación de omnipresencia. Su llegada era lo más parecido a un vendaval o un tifón. Su voz retumbaba por los pasillos imposibilitando concentrarse a quienes trabajaban. Tan efectivas eran sus visitas que lograba generar la percepción de haber estado allí meses completos aullando, cual cerdo en sacrificio, tenaz e inagotable. Cuando al fin Fajardo partía, se experimentaba un alivio general: el huracán había pasado, la paz y el silencio habían vuelto. Recuerdo que en cierta oportunidad, el doctor Fajardo recibió una invitación para desempeñar-

se como profesor visitante por tres meses en una incauta universidad del extranjero. Yo imaginaba a los pobres estudiantes escapando de sus alaridos a través de los vitrales del Aula Magna, atropellándose para salvar sus tímpanos y sus mentes de tan rudo castigo, suicidándose en masa para no oír más tanta sandez disfrazada de ciencia. Esos tres meses de ausencia de Fajardo fueron de una productividad inusual para quienes estábamos en el campus; este prolongado silencio fue, si no la causa directa, al menos la simiente de varios descubrimientos que, en opinión de los académicos, “coincidieron singularmente en el plazo de unas pocas semanas, confirmando una vez más las leyes del avance en saltos cuánticos de la investigación fundamental”.

Dirtystone era dirigida por el doctor Richard Callahan, un científico de sólido prestigio, un humanista que había acogido durante su rectoría a numerosos perseguidos políticos latinoamericanos. En general, los refugiados habían mostrado excelente capacidad, convirtiéndose al poco tiempo en importantes investigadores que volvían a sus patrias, en la medida que les era posible, o bien continuaban desarrollando sus proyectos en Dirtystone o en otros centros científicos y tecnológicos con la amarga, aunque no infundada, sospecha de estar ejecutando algún módulo de un plan más vasto a beneficio de Inteligencia o del Alto Mando.

Fajardo había llegado a Dirtystone en calidad de refugiado político, pese a que en su país no debió sufrir más persecución que aquella resultante de su mediocridad. Inventó una historia capaz de conmover a un búfalo furibundo, probablemente el único trabajo que desempeñó jamás: los aguzados cuchillos se habían clavado profundamente justo en el lugar donde estaba un segundo antes, su auto

explotó cuando, por azar de la divina providencia, se detuvo para cobrar un cheque, su hogar fue devorado por las llamas mientras pasaba un fin de semana en la playa, un carro de la policía política estuvo a punto de aplastarlo cual cucaracha si no hubiese sido por su agilidad portentosa de trapeceista eximio. Si hubiera leído a Poe, seguro que cuenta que Seguridad entrenó a un gorila para que entrara a estrangularlo en su departamento de *la Rue de la Morgue*.

No lo hacían mucho mejor otros colegas del doctor Fajardo. El doctor Johnson era un rematado imbécil que no daba pie con bola al momento de explicar un desarrollo matemático. Trataba de ignorantes y estúpidos a sus alumnos cuando éstos protestaban a causa de alguna de sus aporreadas demostraciones. Había ido adquiriendo una variada gama de *tics* que lo sacudían de cabeza a pies, descontrolando de manera grotesca su intrincado y sensible sistema nervioso. No podía hablar una frase sin retorcer el cuello de manera que parecía que la camisa estuviera tratando de estrangularlo vigorosamente. Daba la impresión de que un marionetista paranoico tiraba de hilos invisibles, intentando arrancarle la vacía cabeza en un sentido opuesto al movimiento espasmódico de su cuerpo. Por eso le decíamos El Reptil. Hacía las clases en transparencias fugaces que nunca descansaban lo suficiente en el proyector; un buen truco para evitar preguntas que pudiesen ponerlo en apuros. Su esposa tenía un aire angelical, era una especie de hada blanca y pura viviendo fuera del mundo, ajena a lo que ocurría en el exterior. Daba la impresión de que los años habían creado un poderoso muro defensivo entre la realidad y ella; nada parecía inquietarla ni traspasar la esfera áurea en que habitaba, lejos del mundanal ruido. Así la vi en las reuniones de

convivencia familiar de nuestro Departamento: lejana, dulce, ajena a la trivialidad que nos reunía: Navidad, aniversarios académicos, festejos. Apenas se concedía breves treguas que ocupaba en contener a sus hijos, dos pequeñas bestias ávidas y malignas como tiranosaurios, siempre dispuestos a destrozar, golpear y maldecir. Evidentemente, Johnson debió ser cuando pequeño una aviesa lagartija como ellos, dominada por los impulsos egocéntricos y homicidas de su cerebro reptilino. Me intrigaba cómo aquella hada de sonrisa bondadosa y perfecta había caído en las garras de Johnson. Gerardo do Santos una vez me dijo que “posiblemente fue alguna véish un ser bono, idealishta, preocupado o futuro du mondo, un poverinho desheisperado e perdidu...”. Yo le respondí con una típica frase de mi madre que lo dejó pensativo por varios minutos. “La vida me ha enseñado que ni los buenos se vuelven repentinamente malos, ni los malos se transforman en buenos por arte de magia”. “Ereish un tipo shabio despuéish du todo, Rubén”, confesó algo consternado al terminar su meditación. Y yo pensé que era posible que tuviera algo de sabiduría, aunque fuese prestada.

Fajardo y Johnson también trabajaban fuera de la universidad, en puestos gerenciales adecuados para su calidad de parlanchines, buenos para decirles a los demás qué hacer aunque fuera obvio, pero incapaces de hacer nada. Este es un arte bien apreciado en nuestra sociedad posmoderna. Artistas de las relaciones humanas, simpáticos cuando querían serlo, terribles en la exigencia, brutales en el castigo.

Con personajes como éstos integrando el cuerpo académico no había posibilidades de realizar nada extraordinario. Les di en el gusto escribiendo una obra maestra de ambigüedad en calidad de proyecto de tesis. Era un tema suficien-

temente insulso para dejarlos tranquilos, aunque bastante amplio para proveerme la libertad necesaria y los medios físicos y económicos para construir a Tom. Recién llegado a Dirstystone, propuse al Consejo construir un androide y recibí una lección inolvidable. El único resultado obtenido fue que los profesores se arrojaron furibundos, cual perros hambrientos, sobre la idea para despedazarla y demostrar su inviabilidad absoluta y su falta evidente de repercusiones en la producción industrial. Jamás vi personas tan ávidas de destruir una idea que les incomodara. En cambio les atrajo, como miel a moscas, la propuesta de construir servomecanismos inteligentes y autónomos capaces de resolver ciertos problemas que bien yo sabía existían en las industrias donde trabajaban Fajardo y Johnson. Eso cambió las cosas. Era posible ver pasando por sus pupilas las cifras de las jugosas ganancias que iba a depararles a breve plazo el proyecto. “¿Cómo no les iba a gustar, si van a sacar las castañas con la mano del gato”, habría dicho mi madre. De modo que aprobaron este nuevo tema sin reservas, y yo pude consagrarme por entero al diseño y construcción de Tom, dejando algunas horas para materializar los avances que requería la construcción de los servomecanismos inteligentes.

La bioelectrónica del cerebro binario de Tom ocupó varios meses de intenso trabajo, aun cuando se trataba de una idea madurada a lo largo de muchos años, desde esos días en las cárceles secretas, donde el pensamiento disciplinado me salvó de la locura que flotaba en ese ambiente intemporal. Entonces la única diferencia perceptible estaba marcada por los períodos de tortura y los períodos de espera de la tortura. Ahí realicé buena parte del trabajo conceptual. La mayor parte de los chips necesarios estaba disponible en

el mercado, otros podían sustituirse por sistemas de partes simples equivalentes; unos pocos los *biochips* debían construirse a partir del escaso conocimiento disponible en artículos y libros especializados. Pude contar con la ayuda secreta de un candidato a doctor en ingeniería biomédica tan loco y entusiasta como yo, Gerardo do Santos, lumbrera del campo ahora reconocida internacionalmente, cuando a nadie le importan las quemaduras de cigarros que ocultan sus lujosas camisas y corbatas tan bien elegidas que contradicen el estereotipo de un genio de esa magnitud, que debiera más bien responder al paradigma einsteniano de descuido y desaliño personal. Siempre le gustó vestir bien: sacrificaba comida, bebida, alojamiento, todo, con tal de estar bien presentado. Decía él: “aunque uno eshté sumido en la mierda, y vaya que shé bein de lo que eshtoy hablando, no tiene por qué dar láshtima, Rubén, no creesh tú”. Gerardo ayudó muchísimo cuando hubo que darle apariencia humana a Tom, recubriéndolo de un material sintético de origen orgánico descubierto por él. Entonces mi amigo no adivinaba la fama que acechaba detrás de su invención: un símil de tejido humano capaz de respirar a través de poros, de renovarse y alimentarse a sí mismo con mínimo gasto de energía. La recuperación de pacientes quemados se transformó en un juego de niños con el descubrimiento de Gerardo, quien hoy se consagra a reproducir tejidos más complejos: corazón, riñones, hígado, vesícula. Trabaja para procurar la inmortalidad al hombre. Y eso lo hace feliz. O al menos eso quiere creer, aunque sea una mentira de esas que sirven para seguir insistiendo en los temas que nos agradan, tratando de olvidar que el mundo parece más bien hecho a la medida de los canallas, de los ambiciosos que no trepidan en nada para

conseguir sus objetivos, en especial cuando nada significa poner el pie encima a otro más débil o despojarlo de lo poco que posee.

No fue fácil. Trabajé con la dedicación de un esclavo, sin reposo. Además, por si fuera poco, tenía que reservar algún tiempo a producir algo que permitiera superar las revisiones periódicas de mi comisión evaluadora. A veces, en las noches, pasaba a buscar a Gerardo a su laboratorio para ir por unas cervezas y un poco de diversión. Siempre había unas chicas norteamericanas de pregrado en buena disposición para engancharse con *latin lovers* que las hicieran olvidar la ingenuidad de sus compatriotas. Debido a lo esporádico de nuestros descansos y a la intensidad del trabajo aislado logramos cierta fama entre las chicas. Verdaderas bestias en celo éramos al salir de los laboratorios tras días de encierro: barbudas, desgñadas, hasta sucias, pero feroces e inagotables en el lecho amoroso. Cuando trabajamos en los biochips, nos quedamos dos semanas durmiendo en el laboratorio. No salimos hasta obtener nuestro objetivo. Después supimos que los investigadores de Silicon Valley hacían lo mismo. Máquinas de helados, coca cola, pasteles, *roast beef*, todo lo que quieran, pero me salen de aquí con el láser antirrusos o se quedan *for ever, guys*. No teníamos maquinita de helados, pero sí una de café y chocolate, y muy cerca un quiosco de emparedados. Entonces bebíamos *coke y coffee* y comíamos emparedados de queso con jamón o hamburguesas. Salimos convertidos en tigres en celo tras aquellas dos semanas de penitencia. Estábamos locos, delirantes. Las chicas pedían clemencia, pero nosotros dale no más, que el mundo se puede venir abajo. De más está decir que nos observaron con inmensa gratitud cuando al fin decidimos

retornar al convento de la ciencia. Deben haberles contado a sus amigas que habían quedado con dolores musculares y óseos por más de una semana. Ahí logramos nuestro *rating* más alto, fue un verdadero salto hacia la gloria. ¿Quién ha dicho que las satisfacciones de la investigación científica son sólo éticas e intelectuales? Algún impotente, seguro.

Nacimiento del cyborg

Después de seis meses de duro trabajo obtuve una versión primitiva de Tom, bastante limitada intelectualmente (no estaban listos los biochips todavía) y muy tosca. Se trataba de una cabeza cuadrada con parpadeantes ojos rojizos, boca de parlante, tronco rectangular y brazos llenos de cables y tubos. Carecía de piernas, de modo que sólo gesticulaba y hablaba en esa primera fase. Su lenguaje era algo grotesco, parecido al de los indios de los western, una suerte de inglés tarzanesco o jerga de porteador negro en safari.

—Yo llamar Tom. Ser robot experimental. Rubén Arancibia construir Tom. Estar escuchando.

—Tom —le decía —, sube tu brazo derecho.

—Subir brazo derecho. OK. Estar escuchando.

—Alza tu brazo izquierdo ahora.

—¿Qué significar “alza”? Estar esperando respuesta.

—Alzar es lo mismo que subir.

—OK. Comprender. Alzar brazo izquierdo. OK. Estar escuchando.

—Baja ambos brazos.

—¿Qué significar “ambos”? Estar esperando respuesta.

—Ambos significa los dos, los dos brazos, el izquierdo y el derecho, ¿entiendes?

—OK. Comprender. Bajar brazo derecho. OK. Bajar brazo izquierdo OK. Estar escuchando.

—Tom, ¿por qué no bajaste ambos brazos al mismo tiempo, ah?

—¿Qué significar “ah”? Estar esperando respuesta.

—Es algo así como tu “estoy esperando respuesta”.

—OK. Comprender. No bajar brazos al mismo tiempo porque hacer igual que antes. Primero brazo derecho. Después brazo izquierdo. Rubén no decir al mismo tiempo. Estar escuchando.

—Tom, eres insoportable...

—¿Qué significar “insoportable”, ah?

—Que todo lo preguntas como un niño, que me hinchas las pelotas, ¿sabes? ... oye usaste el “ah” en vez del hinchapelotas “estoy esperando respuesta”... ¿piensas maldita máquina tragamonedas, piensas, wurlitzer maniático!

—¿Qué significar “hinchas las pelotas”, ah?

Y así hasta el infinito. Peor que cualquiera de esos niños pequeños preguntones que a veces te acosan. La verdad es que su edad mental era precisamente la de esos niños; tenía barbaridad de cosas que aprender y un guía poco paciente a su disposición. Necesitaba con urgencia unas buenas lecciones de gramática y decidí llamar por teléfono a Óscar, mi amigo lingüista que estaba realizando estudios de doctorado en la Universidad de Blacktale. Le expliqué el problema lo mejor que pude y se fascinó: allí podría demostrar sus tesis, era la oportunidad que esperaba, el doctor Facik estaría encantado de establecer un programa de... Ahí no más le congelé el entusiasmo sacando a colación el tema de la confidencialidad de mi trabajo, la forma en que había obtenido los recursos y el tiempo que faltaba todavía para darle fin, el peligro de divulgar el tópico para que algún inescrupuloso se apoderara de él. Algún día todo se publi-

caría, pero cuando estuviéramos frente a hechos consumados. No era el momento más adecuado para entregar estos avances a una humanidad tan convulsionada y tan carente de madurez. Óscar estuvo de acuerdo y recomendó un par de textos introductorios con los que podría iniciar el trabajo, mientras conseguía permiso y dólares para una visita con fines de investigación. Insistí en que debía realizarla lo antes posible. Programé la red neuronal y el sistema verbal especializado de Tom con las reglas y procedimientos de los libros recomendados por Óscar, y su lenguaje mejoró significativamente. Se equivocaba todavía, pero no más que un escolar de secundaria adelantado, sobre todo en palabras de baja frecuencia de uso y, por supuesto, en los verbos irregulares. Poco a poco la situación fue variando y abandonó para siempre esos modismos de piel roja cargante. Dedicué varios meses a estudiar la gramática transformacional de Chomsky, logrando éxitos significativos en el campo de la sintaxis, aunque sin avanzar con profundidad en el terreno mucho más complejo de la semántica. La ambigüedad propia del lenguaje natural, sólo superable a través de la comprensión del sentido en un contexto determinado, pareció un problema insoluble hasta que concebí la posibilidad de conectar el módulo sintáctico de generación de frases con una serie de sistemas expertos donde se almacenaban representaciones de saber y experiencia cuya amplitud correspondía más o menos al conocimiento de un estudiante universitario. Por cierto que era imprescindible lograr que Tom pudiera analizar sus experiencias y derivar de ellas nuevas representaciones de saber que incrementaran su conocimiento, en forma similar a un ser humano. Tras la visita de Óscar y de sus constantes colaboraciones a través de la red computacional

interuniversitaria, conectada en directo con el “cerebro” de Tom, el androide adquirió la verborrea segura de un licenciado en literatura o en derecho. Al menos la pedantería sería más fácil de corregir que la mera ignorancia, pensé. Y tenía la razón, porque eso fue exactamente lo que ocurrió con el paso del tiempo.

Logré dar los suficientes grados de libertad y capacidad de manipulación a sus brazos a costa de enfrascarme en duros estudios de robótica que permitieron, por otra parte, avanzar significativamente en el diseño de los servomecanismos, coartada de mi doctorado de pantalla. Con una fuerte carga de masoquismo imaginaba las mil formas en que los malditos militares se las arreglarían para usar ese trabajo en construir nuevas maquinarias bélicas para borrar a sus adversarios de la superficie del globo. Horripilantes arañas bélicas avanzando sobre sus largas patas disparando misiles y rayos láser contra las posiciones enemigas; invencibles tropas de asalto integradas por cyborgs asesinos asolando las ciudades inermes, defendidas por los últimos soldados humanos; androides espías capaces de infiltrarse en las filas del enemigo en búsqueda de secretos militares. Bueno, bastaría con publicar el trabajo en una buena revista internacional con suficiente detalle como para garantizar el empate entre las potencias con afanes imperiales. Me dediqué a diseñar y construir las piernas de Tom, y a completar los detalles de su aparato sicomotor. No fue una tarea fácil dotarlo del exacto equilibrio y varias veces estuve tentado de ponerle ruedas, en medio de las consabidas maldiciones por tantas semanas perdidas, pero estaba obsesionado. No quería que Tom fuese una especie de bandeja portátil parlante que rodara por la casa y se diera porrazos en los escalones. El problema se

resistió mucho tiempo a ser resuelto, hasta que, con la ayuda de Gerardo, logramos construir unos poderosos biochips que permitieron a Tom conectarse con las bases de datos de las redes universitarias y las bibliotecas, a los canales de televisión de todo el mundo, al satélite, a cuanta fuente de información existía. Mejoré su voz sintética para asemejarla a un timbre más humano y lo autoricé a realizar llamadas telefónicas de consulta bajo nombres supuestos que él mismo escogía en la guía. Entre tanto tuve tiempo para continuar el estudio del equilibrio. Fue entonces cuando Tom se interesó por el trabajo y se conectó al microcomputador donde yo simulaba los diseños de piernas robotizadas. Estuvo varios días consultando bancos de datos y leyendo mis notas, sin dejar de reclamar por la caligrafía, que al principio le quitó muchas horas para conseguir una interpretación adecuada de mis “jeroglíficos”. Empezó a conversar el tema conmigo y de pronto, zaz que salió con una idea brillante, esas ideas simples como un anillo que cambian toda la configuración del problema, reduciéndolo a una piltrafa que demuestra la torpeza de nuestros anteriores esfuerzos. Fue la prueba de fuego de la capacidad de Tom. Pasó el examen con creces ante mí —en secreto— y estuve preguntándome varias semanas si acaso cuando publicara la solución debería poner a Tom en el campo de autores. Sería una novedad eso de poner a un androide, un verdadero escándalo internacional. Tendría que buscar un apellido. Mi apellido, obvio, es una especie de hijo al fin y al cabo. Pensé que —al menos para efectos del artículo sobre equilibrio— no sólo debía ponerlo entre los autores, sino que él debía ser el principal entre ellos, porque la clave de la solución fue su idea. Sin embargo él era creación mía, yo lo había hecho, todo lo que él hiciera

me pertenecía. ¿Acaso los hijos son de uno? No, son un regalo temporal, habría dicho mi madre, son prestados y se van como vinieron, uno no puede apropiarse de ellos como si fuesen objetos. Preferí suspender ese debate interno para el momento en que me decidiera a escribir los artículos. Tal vez le encomendara escribir ese artículo a él mismo. ¿Y si al abrelatas le daba por sacarme a mí del campo de autores? Sería justo. La verdad es que lo mejor era postergar esa discusión, aunque fuera una actitud un tanto miserable.

Tom tuvo sus piernas tras cinco meses y comenzó a aprender a usarlas. Tenía mi estatura. Su peso era levemente superior, debido a la presencia de partes metálicas en sus extremidades. Podría caminar sin problema por mi reducido departamento de universitario, donde vivió desde que empezó a hablar. Los primeros días tuve que ayudarlo para evitar caídas que podían tener consecuencias serias en su estructura. No era sencillo sujetar al armatoste. Trato de imaginarme qué habría pensado alguien que hubiese entrado de improviso en el departamento y hubiera visto a la gigantesca lata de conservas zumbando, abrazada a mí, llena de luces, cables, articulaciones, válvulas y circuitos ululantes. Una verdadera película de horror. El doctor *Arancibianstein* y su *monster machine*. *Look at them*. Acolché sus pies para que no produjesen ese ruido metálico excesivo que por unos días atrajo los reclamos de los habitantes de los pisos inferiores. Tuve que inventar que practicaba pesas con una maquinaria sofisticada, pero las reprimendas y amenazas de demandas arreciaban. Por suerte, Tom se acostumbró pronto a su nueva condición bípeda; lamentaba no poder practicar ejercicios como aquéllos que las muchachas rubias, hermosas y atléticas de la televisión instaban a realizar todas

las mañanas a las amas de casa, a los desocupados y a las damas y caballeros jubilados. Mientras yo iba al laboratorio, Tom permanecía en el departamento, conectándose a los bancos de datos, llamando por teléfono o —lo que le complacía mucho— leyendo o viendo televisión. Se quedaba con mi instrucción precisa de esconderse en el clóset ante el menor ruido sospechoso. Habíamos establecido una contraseña de golpes en la puerta para indicar si yo venía solo o acompañado. Una tarde a un ladrón desprevenido se le ocurrió probar una ganzúa en la chapa de nuestro departamento. Tom percibió desde el principio tales intentos con su oído hipersensible. De acuerdo a mis órdenes se escondió en el ropero antes de que el delincuente entrara. Tom observaba fascinado la escena por el ojo de la cerradura; lo que no veía podía construirlo a partir de los sonidos. El desafortunado ladrón comenzó a examinar la vajilla escasa y pletórica de huellas de guerra. Desalentado, desistió para examinar libros incomprensibles y finalmente se resignó a llevar algo de ropa usada que pudiera salvar la operación. Cuando el desdichado ladrón abrió la puerta del clóset, un infierno medio cubierto de ropas, luces de colores y planchas de metal salió ululando como sirena de policía. El rostro de Tom era un amasijo de luces, cables y circuitos, donde sobresalían unas cámaras de televisión provistas de focos que proyectaban una luz rojiza y siniestra, y decenas de músculos bio-electrónicos que zumbaban y chirriaban de un modo espeluznante. El tipo se desmayó; no sé cómo no tuvo un síncope ahí mismo, menudo problema habríamos tenido por delante. Tom lo tomó en sus brazos con amor, acunándolo, lo trasladó a la entrada del departamento, miró por el ojo mágico para asegurarse que no hubiera nadie en el exte-

rior, y lo depositó sobre el felpudo exterior, aún inconsciente. Cuando el ladrón despertó salió huyendo sin siquiera mirar atrás. El infeliz debe haber ido a parar a una consulta siquiátrica donde el analista se encargaría de esquilmarlo aplicando el viejo refrán de los cien años de perdón. Tom contaba esta aventura con un tono humorístico que hablaba de sus constantes progresos y de su notable inteligencia. De este modo me decidí a darle una apariencia humana que impidiera hechos bochornosos y llamé a Gerardo do Santos para recordarle el tema. Gerardo me contó que estaba todo listo, mi llamada había sido oportuna. Al día siguiente examinó a Tom y estimó que en un par de semanas acabaría con la apariencia de mecano electrónico del androide. Habría que definir rostro, contextura y otros detalles. Un doble mío sería perfecto, dije, porque podríamos salir por turnos del departamento sin despertar sospechas. Por otra parte, dos hombres viviendo juntos era un hecho que perjudicaría mi fama de macho. Eso simplificó las cosas notablemente, porque bastaba hacer moldes de mi cara para construir la máscara de Tom. A las dos semanas, éramos dos perfectos gemelos; él un tanto inexpresivo y rígido, tipo Schwarzenegger, pero bien, más que pasable. Hubo que trabajar con intensidad en dotarlo de símiles de musculatura facial que le permitieran gobernar sus expresiones. Resultaba esencial que Tom captara bien la oportunidad, duración e intensidad de cada gesto, incluso la secuencia en que debía insertarse. Por ejemplo, una sonrisa estática y de larga duración se convierte con facilidad en una mueca grotesca y antinatural, sobre todo si se produce mientras se trata un tema solemne o, peor aún, trágico. Una sonrisa exagerada en su saludo podría interpretarse como un acto burlesco. El ceño

fruncido en extremo denotaría ira en vez de atención. Al final, el problema puede reducirse a una tabla de gestos, junto a una descripción del entorno y situación donde es apropiado, duración aproximada, intensidad recomendada, y —si es preciso— una indicación de secuencias de expresiones. Esta tabla, junto a algunos guiones flexibles de comportamiento constituyeron una solución perfecta, aunque su práctica consumió dos meses de tiempo completo, durante los cuales Tom consumió horas frente al espejo gesticulando, ensayando las caras más horribles y más cómicas que se pueda imaginar. Observarlo en secreto se convirtió en una de mis diversiones favoritas. Una dosis de estudio televisivo lo volvió sobreactuado; tuve que reprenderlo con dureza cuando se obsesionó con Humphrey Bogart y Robert Mitchum, al parecer sus estrellas favoritas. Me dio trabajo hacerle desistir de caminar a lo John Wayne (le dije que sugería una enfermedad venérea en fase terminal), aunque no tanto como borrarle del rostro la permanente y encantadora sonrisa de Clark Gable. Decidió observarme a mí entonces, “eres mi maestro, mi creador” —anunciaba con sorna—, y tuve que someterme a la tortura consecuente. Pronto salimos del paso e iniciamos los turnos para comparar mi personalidad. Me procuré fotografías de la mayoría de mis conocidos e instruí a Tom acerca de sus costumbres, procedencias, grado de confianza, temas de conversación posibles y obligatorios, excusas aceptables para cortar una conversación. Yo dormía o trabajaba en la casa y él salía a reemplazarme. Él permanecía en la casa cuando yo iba al laboratorio, a la biblioteca o a mis arrancadas eróticas. Debo confesar que muchas veces representó un alivio notable: lo envié a muchas reuniones sociales, cócteles, conferencias,

almuerzos, partidos de béisbol, y a más de un seminario inútil. ¡Qué miserable! A costa de Tom gané fama de amistoso y mundano, y mejoré en un mil por ciento mi desempeño en el área de relaciones públicas. Llegó a reemplazarme en una cena especial en la mansión del doctor Fajardo, donde asistió tras una abundante sarta de admoniciones: que no fuera a decir algo inconveniente ahora que faltaba tan poco para finalizar la tesis, que estaba vedado entregarles mis opiniones sobre su calidad como científico o como ser humano, que debía ser complaciente con su esposa, que proscribiera toda clase de impertinencias. El androide me miró entre divertido e irritado, y exclamó: “¡Pides demasiado!, quieres que yo haga el trabajo sucio, me exiges lo que tú no eres capaz de cumplir, eso es inmoral, por decir lo menos”. Sobra aclarar que quedé atónito, desconcertado, sin palabras para responder a Tom. Y antes de que yo pudiera separar los labios de nuevo, me palmoteó la espalda: “No te preocupes, Rubén, *I'll do my best, don't worry*. No pienso aplaudir sus babosadas, pero tampoco voy a organizar una rechifla. Quédate tranquilo en casa, *bwana, Kabunga* realizará por ti el trabajito”: Y se mandó a cambiar, vestido de etiqueta. Después me refirió la velada, entregando detalles acerca de los generosos consejos de Fajardo, destinados a ubicarme en un carril que fuese derecho al triunfo y a lograr que me focalizara en orientaciones prácticas, de impacto en la industria que tanto necesita del mejor talento ingenieril para alcanzar el dominio de la naturaleza y el bienestar de la población. En este punto, Tom no pudo retenerse e hizo una alusión al pasado político de mi profesor quien, algo sorprendido, inició una larga conferencia acerca de la forma en que se alcanzan la madurez y la razón; era preciso olvidar

aquellas actitudes impulsadas por la energía juvenil y no por la reflexión profunda. El cyborg le preguntó si acaso una honda reflexión lo había llevado a vivir en esa hermosa mansión de las colinas, plagada de esculturas y finos muebles antiguos, tan lejos del bienestar del pueblo. Y aunque en el rostro del profesor relampagueó por un instante un bien escondido resabio de pudor, enseguida retomó su discurso autojustificatorio. Su esposa apenas abrió la boca para hablar de té—canastas de beneficencia, de sus recientes vacaciones en Hawai, de sus planes para renovar el lujoso Volvo, de la próxima remodelación de su piscina. En cada oportunidad, Fajardo la había mirado con reprobación hasta silenciarla, y el cyborg disfrutó intensamente estas disputas. Para terminar su actuación, Tom hizo remembranzas de su niñez, cuando su abuelo paterno —el Conde de San Telmo— lo llevaba a la grupa de un alazán a recorrer las extensas comarcas de su propiedad, que cruzaba el país desde la misma orilla del océano hasta las cimas donde dominaba el cóndor andino. Este relato sacudió los más recónditos territorios de la columna vertebral de la esposa de Fajardo. Sus ojos destellaban de codicia al escuchar a Tom relatar con lujo de detalles la forma en que la servidumbre servía manjares sobre porcelana china y servicio de plata pura; su arribismo parecía desbordar cuando el autómatas recordaba los encargos de ropa comprada por catálogo en París, atravesando dos mares antes de arribar a su destino en el Pacífico, o cuando describía los salones ornamentados con óleos antiguos, muebles de caoba, ébano y cedro del Líbano. Para rematar, les refirió cómo el mismo abuelo había dilapidado su fortuna, estafado por un nuevo rico sin escrúpulos que se había aprovechado de su buena fe, y terminó diciéndoles

que desde entonces no confía en la gente de dinero, porque siempre detrás existe una historia de oportunismo, y una abundante dosis de mezquindad y egoísmo. Fajardo y su esposa oyeron este gran final en silencio, anonadados por aquella historia que intuían protagonizar de algún modo, en el nivel más subliminal de su oscura conciencia.

Picardías del hombre de acero

Una de esas tardes en que yo me disponía gozosamente a trabajar en la tranquilidad de mi departamento, Tom llegó con una historia especial.

—Me encontré con Ángela hoy día en el cine, Rubén.

—¿Sí, y qué? ¿Qué es esa sonrisita irónica, palada de chararra? ¿Y quién es esa Ángela, ah?

—Tu novia, según parece. Eso me insinuó con su confianza un tanto exagerada, si me lo permites. Finalmente tomé la iniciativa y te hice una cita con ella para el sábado, a las 21, en el Motel Paradiso.

—¿Quién te autorizó a meterte en mi vida, lata de conservas? ¿Y de dónde sacaste ese Motel Paradiso?

—Ella lo sugirió. Donde siempre, aclaró. Y dijo otras cosas que consiguieron sonrojar hasta a una fría lata de conservas como yo. Parece que haces bien tu parte de la obra, saco de carbohidratos...

—No me vengas con insolencias. Ahora recuerdo esa chica... no está nada de mal, pero no es mi novia, ¿entiendes? Además no está en tu conjunto de atribuciones opinar sobre el tema, y menos tomar decisiones por mí.

—Bueno, más o menos la idea que ella tiene se parece a la de una novia. Te hace falta un rélax, Rubén. Yo puedo reemplazarte en el trabajo. No seas fanático. OK. Estar escuchando.

—Te acuerdas de tu pasado Tom, ¿eh? Hablabas como Gran Jefe Águila Blanca. Tomo la cita, pero otra vez me consultas antes, ¿ya? Me parece que no soy hijo tuyo, sino que al revés.

—Sí, Rubén, disculpa. Cuando quieras me dices en qué ayudo.

Días después, Ángela me reprochó por estar poco cálido, y recordó con aire de nostalgia la última tórrida tarde en que nos habíamos encontrado. La hice arrepentirse de sus críticas sobre el templo del amor, mientras Tom resolvía un complejo sistema de ecuaciones diferenciales acopladas en el supercomputador de la universidad. La coartada perfecta, acaso alguna vez fuera necesaria.

Se acercaba la fecha de la graduación. Yo escribía aceleradamente mi tesis con la perspectiva de volver a Chile, atraído por un pronto retorno a la democracia anunciado por el coronel que había derrocado a nuestro sátrapa de turno. Las prohibiciones de ingreso al país se habían cancelado y la mayor parte de los prisioneros políticos estaban libres. Era momento de volver a probar la veracidad de ese veranito de San Juan y hacer algo por la vilipendiada patria. Tom ayudaba algo con la escritura, pero la redacción no era su mayor habilidad, y su aporte era moderado, por decirlo eufemísticamente. Había que realizar algún trabajo adicional en esta dirección junto a Óscar, pero eso sería más adelante; ya no disponía de tiempo para perfeccionamientos del cyborg. Sin embargo sus cualidades de orador eran excelentes y eso me decidió a enviarlo en mi lugar a rendir el examen de grado ante la comisión de ilustres inútiles que presidía el doctor Fajardo, e integraban el espástico Johnson y otros especímenes semejantes. Actuaría como ministro de

fe la bestia odiosa de Kovalski. Tom lo haría mucho mejor que yo: derrochaba paciencia, audacia y seguridad. Inició su entrenamiento en los diversos aspectos de la tesis. Mucho antes del examen todo estuvo preparado a la perfección.

El día de la defensa de tesis me quedé en casa mirando videos de Buster Keaton mientras arreglaba nuestras maletas para el viaje inminente. Al mediodía llamó por teléfono Tom para anunciar que obtuvimos los máximos honores, que el profesor Kovalski, que se consideraba a sí mismo especialista del campo, se había tragado toda la mierda del mundo tratando de aportillar un examen brillante, en opinión de todos los espectadores y de los demás integrantes de la comisión. Hubo aplausos de la concurrencia para la agudeza de las respuestas del doctor Arancibia, así se dirigieron al androide para convocarlo a la sala donde iban a informarle el resultado de la deliberación. Me había desintegrado como estudiante para convertirme en doctor. Ni siquiera el propio Gerardo —que asistió al examen— se había percatado de la sustitución. Ahora los dos tomaban cerveza con el rebaño de imbéciles en sus odiosos festejos tradicionales. Tom me contó que tras aprobar el examen había expuesto a los profesores, en forma sucinta, la posibilidad de construir un androide sobre la base de los nuevos descubrimientos. Se describió acuciosamente a sí mismo, citó los principales basamentos teóricos de su diseño, pero fue refutado con energía por el viejo profesor Elorza, quien expresó que ésas eran locuras de un trasnochado; por Johnson que indicó que dejara de desvariar como un alucinado; por Fajardo que señaló que era un mal comienzo para su vida de doctorado; y por Kovalski que se declaró tentado de romper el acta de examen y degradarme en público por hablar tamañas im-

becilidades. Tom agregó que “estuve tentado de arrancarme la máscara y mostrarle mis circuitos, demostrarles que los imbéciles eran ellos, estúpidos ignorantes, fantoches miserables, hijos de la gran chingada, pinches cabrones, miren quién soy realmente sacos de bolas, una lata de sardinas que piensa y los está mandando a la misma mierda aquí mismo, carajo, pero no hice nada, Rubén, porque así lo habíamos conversado, no hice nada aunque estaba muy enojado, Rubén, entiendes, muy enojado”.

Ahí me di cuenta que algo extraño pasaba con Tom, y no hablo de sus mexicanismos ni de sus imprecaciones excesivas, lo que estaba raro era eso de enojarse, no había puesto en él ningún chip o programa de furia, ni cosa semejante. Cortó y me anunció que vendría con Gerardo y Óscar a celebrar privadamente en cuanto pudiera. Pensé lo que había meditado ya tantas veces: si al comienzo pongo la inteligencia y el conocimiento, la emoción vendrá sola después, es un resultado lógico de todo lo demás. Los sentimientos serían un efecto de la existencia consciente del ser humano, constituirían la consecuencia del pensamiento; serían obra de la deducción y no del mero impulso biológico. Esto convierte en monstruos a quienes enviaron a la muerte a sus opositores en Auschwitz, en Siberia, en Kampuchea, o en nuestros propios campos de concentración; son decisiones frías, meditadas, cuya malignidad es evidente. La locura temporal, el cumplimiento de órdenes superiores o la invocación de una lógica de guerra no son argumentos aceptables. Odio, amor, envidia, venganza, traición, pasión, constituirían manifestaciones de una inteligencia que no distingue a priori entre el bien y el mal, sino que a partir de leyes éticas que se adoptan en forma voluntaria. Y tenía una prueba ante mis ojos, no

una demostración, pero sí un hecho que respaldaba mi teoría. Quizás si éste era el descubrimiento más importante de todos. Y había sido hasta unos segundos antes una simple intuición ¿venida de dónde? Ese es el misterio. Una de las cualidades del intelecto más importante y, paradójicamente, más despreciada, es la intuición. ¿De dónde procede esa convicción que alienta a los investigadores a gastar miles de horas en comprobar una idea incierta? Lo mismo acontece a los artistas, que en su actividad creadora utilizan la intuición y no la lógica, de la cual nos enorgullecemos tanto los occidentales. Preparé en la juguera un *pisco sour* con mucho hielo y, según mi fórmula secreta, agregué al final un huevo entero, incluida la cáscara. Tenía queso, aceitunas y galletas saladas. También unas botellas de vino tinto chileno reservadas especialmente para la ocasión. Gerardo y Óscar casi murieron de impresión al enterarse de que Tom había sido el defensor de la tesis. Estuvieron a punto de infartarse de asombro primero, y luego de risa. En realidad fue impresionante para ellos. Bebimos y comimos hasta el día siguiente, cuando tres estudiantes norteamericanas afectas a las dotes latinas vinieron en busca nuestra para pasar un merecido fin de semana de camping en las montañas, acometiendo los prodigios secretos del amor y de la naturaleza.

Al volver enfrentamos el problema de la partida a mi patria junto a Tom. Se negó a ser desmontado en piezas y ubicado en maletas o cajas. “Eso sería peor que descuartizarme, ¿no crees?... tengo una idea mejor: puedo falsificar un pasaporte, me pongo un bigote y anteojos y ya, soy tu hermano Tomás Arancibia”.

—Pero el pasaporte, Tom, ¿de dónde lo sacamos?

—No te preocupes, eso lo tengo arreglado con unos amigos que conocí en mis paseos nocturnos. Mañana me lo entregan, sin falta.

—¿Qué, delincuentes? ¿En qué te andas metiendo, cuánto hay que pagarles por ese servicio? Tú sabes que no tengo dinero, ni puedo obtenerlo tampoco.

—No hay problema. Me deben algunos favores. No te preocupes, nada punible. Sin riesgo. Te lo garantizo.

—Ya veo, el milagro, pero no el santo. Habrá que confiar en ti, supongo.

—No, Rubén, no te preocupes, un día regresaba tarde del laboratorio, para variar sustituyéndote, vi a unos tipos a punto de ejecutar a dos hispanos atados y amordazados. Un lío territorial de tráfico de drogas, me confidenciaron. En ese momento no me interesó mucho, sólo quise salvarlos.

—Y te pusiste tú en riesgo, y con eso a mí y a todo el proyecto.

—¿Y qué? ¿Tenía que dejar que los ejecutaran? ¿Eso es lo que me has enseñado? No me vengas con boludeces... Además ¿qué riesgo? Nadie espera que Terminator aparezca en plena madrugada a salvar a dos traficantes endeudados. Fue fácil, me muevo más rápido que cualquier ser humano, no tengo miedo a morir. Aturdí a los mafiosos, los desarmé y desaté a las víctimas.

—Robin Hood en versión cyborg — repliqué con venenosa dosis de sarcasmo.

—Tengo tantos afanes de gloria como tú, Rubén. No más de los que hayas podido transferirme como modelo humano. Los salvé y punto. Fue una reacción instintiva.

—Bueno, supongo que ellos en agradecimiento te habrán...

—Ofrecido sus servicios especiales, sí, eso es. Con lágrimas en aquellos ojos que vieron la muerte tan cerca por un instante. Yo no les pedí nada a cambio. Ellos me lo ofrecieron.

—¡Pero eso significa entrar en tratos con esa gente, Tom! Hay límites éticos para todo.

—Ellos no son los principales culpables de nuestros males, Rubén, y tú lo sabes. No son peores que otros que visten de etiqueta y aparecen en las portadas de las revistas. Los que trafican, los que dejan traficar, los que compran. ¿Qué es lo que va a cambiar por haberles salvado la vida?

Fue una discusión extensa. Con dificultad me dejé convencer. Creo que tenía la razón, pero no es fácil reconocerlo cuando el interlocutor ha salido de tus manos. Reservé pasajes para ambos. Consulté a Gerardo acerca de los portales detectores de metal en los aeropuertos. Me contestó que la piel sintética actuaba como aislante; sólo había que preocuparse de que no hubiera juntas y que tuviera la boca cerrada mientras pasaba por el marco donde estaban montados los sensores. Conseguí un viejo detector de metales e hice las pruebas necesarias. Realmente parecía problema resuelto. Le pedí a Gerardo que hiciera algunas variaciones menores al rostro de mi gemelo cyborg, lo suficiente para sustentar un parentesco próximo. Reuní mis certificados de titulación, un ejemplar de mi tesis, los libros más queridos, demasiados como siempre, y otros cachivaches de aquellos que consideramos imprescindibles. El resto de las cosas útiles las envié por barco. En un bolso de mano el androide llevaría los objetos más pesados; debido a su fuerza nadie imaginaría el enorme peso que acarrea sin esfuerzo aparente, como si se tratara de una bolsa con plumas de ganso.

Tuvimos una excelente despedida con entusiastas muchachas que lloraron cual Magdalenas en el aeropuerto. Les dije que Gerardo quedaba de consuelo, que lo cuidaran bien y le dejaran algo de tiempo libre para su trabajo. Con risas me pidieron que les dejara a mi primo Tomás en calidad de indemnización. Me pareció que Tom disfrutaba el piropo.

Con Óscar y Gerardo acordamos mantener reserva del trabajo realizado y de la existencia de Tom. Esperaríamos el tiempo que fuese necesario para entregar, de común acuerdo y simultáneamente, nuestros descubrimientos. Cuando consideráramos a la humanidad preparada para asumirlos sin causar perjuicios.

Nos embarcamos sin dificultades, y dejé —con una rara mezcla de gratitud y repugnancia— ese país que me había acogido en el destierro. Mal que mal, ellos mismos eran los instigadores de los tiranos que asolaban Latinoamérica, engrosando la deuda externa y las listas de desaparecidos, e invocando la defensa del mundo libre. Brindamos con Tom, sosteniendo un par de whiskies generosos servidos por las azafatas de piernas largas y suaves. Algo más que bigotes y anteojos nos diferenciaban tras dos tardes de trabajo de Gerardo. La similitud había disminuido hasta convertirse en un aire de familia: cambió el tono de sus ojos, lo dotó de una barba bien cuidada, de una piel más morena que la mía y facciones angulosas, muy marcadas, que tal vez hacían el fuerte distintivo de sus nuevos rasgos.

—Rubén —dijo el androide—, tú sabes que tengo ciertas imperfecciones...

—Claro contesté ofendido en cierto grado por la crítica—, nadie es perfecto, hay muchos aspectos en ti susceptibles de ser mejorados...

—No se trata de ofenderte ni nada semejante, Rubén, no te pongas susceptible ni diplomático. Es algo fisiológico... me da un poco de vergüenza hablar de esto, ¿sabes?

—Tom, soy una especie de padre tuyo, aunque parezca cursi decirlo, puedes hablar con confianza. Tu sistema digestivo es pobre e incómodo, no proporciona suficiente energía para sustituir tus baterías, no reaccionas ante los sabores. Tu olfato se reduce a un sensor de concentración gaseosa rudimentario y de reducido espectro. Quizás seas más pesado que un hombre de tu talla, pero tienes diez veces más fuerza física, y además eres inagotable, si obviamos la necesidad de cambiar tu acumulador de energía. Iremos viendo, viejo, iremos viendo muy tarde me percaté que lo había tratado de viejo; por ese camino podría perder rápidamente mi ascendiente sobre el androide.

—Sí, eso está bien, pero yo hablo de otra cosa... mira... bueno ejem... se trata de las chicas...

—¿Las chicas qué, ah? Sabes perfectamente cuando una es hermosa, lo aprendiste en la televisión y preguntándome con la insistencia de un zonzo. ¿Qué más quieres con las chicas?

—Bueno... eesteeee... saabess... me gustaría tener una chica, ¿sabes?, ahí está, te lo dije de una vez.

—¿Cómo? Pero si tú eres... un androide... ¿Quieres que te fabrique una caja de latas femenina, ah? ¿Eso quieres? La Novia de Frankenstein, deberías ver esa película. ¿Y de dónde quieres que saque el dinero para financiarlo, del aire, eh?

—Mira, no aspiro a tanto. Bastaría hacerme algunos ajustes, tú entiendes ¿no? Enmendar mi anatomía. No me hagas decírtelo con brutalidad, Rubén, por favor, mira que me da una vergüenza...

—Eres la victrola más demente que he conocido. Quieres salir de juerga con chicas, con chicas humanas... ¿Eso es, verdad? ¿En qué maldita hora decidí construirte para escapar de esos imbéciles doctores, de la soledad, del aburrimiento? Ibas a ser mi entretenimiento, mi amigo para la distancia. Mira en el demonio que te conviertes. No, no me mires así, hombre. No vayas a llorar aquí imbécil. Si te entiendo, carajo, tienes razón, quieres salir con chicas, tienes razón, eres un hombre, Tommy, no llores, mira que me da la pena. ¿Lo estudiamos desde ahora, ya? Algo se nos ocurrirá.

Tom se enjugó las lágrimas soltadas por el dispositivo humidificante de los ojos y sonrió con gratitud.

—¿De verdad, Rubén, de verdad lo dices?

—Sí, Tommy, basta ya, mira que nos están comenzando a mirar los demás pasajeros.

—Bien, en ese caso tengo algunas ideas que contarte. Lo he estado pensando hace tiempo. Escucha...

Cuando el avión inició el aterrizaje en mi maltratado Chile estábamos llenos de diagramas y fórmulas capaces de sonrojar a la Brigada de Delitos Sexuales completa. Tom declaró que estaba contento de conocer mi tierra. Que había leído mucho acerca de Chile, su historia, su cultura, su geografía. Entonces acercó sus labios a mi oído y me dio un codazo en el estómago mientras preguntaba cómo eran las chicas chilenas.